

Hyalmar Blixen,

el investigador del pasado indigena

Para "Tapejara". Por Héctor Strazzarino

Pocos son los que sienten, en estos tiempos, el amor a las culturas aborígenes como Hyalmar Blixen.

Lo conocemos desde la adolescencia pues fuimos compañeros de estudios, teniendo ambos similar edad (el un año menos, habiendo nacido en 1916), hemos seguido, pues, su trayectoria literaria desde el comienzo.

De edad temprana se sintió atraído por las letras condición que le viene de herencia: su madre Josefina Lerena Acevedo de Blixen, es una notable ensayista y escritora habiendo publicado varios libros; su padre: Mario Blixen (muerto joven, poco después que su hijo publicara su primera obra) demostró en sus años mozos su talento en representaciones teatrales, siendo luego muy conocido como ajedrecista; sus hermanos son intelectuales de valer (uno de ellos además sigue la huella del padre en Ajedrez); su tío paterno fué el ilustre escritor, periodista y dramaturgo Samuel Blixen; su tío materno, Andrés Héctor Lerena Acevedo, desaparecido en plena juventud, se recuerda como uno de nuestros poetas líricos de más tierno estro; otros renombrados valores uruguayos vinculados con él con lazos de parentesco son: el codificador Eduardo Acevedo, el historiador y abogado Dr. Eduardo Acevedo (hijo del anterior), el historiador Pablo Blanco Acevedo (1890-1935); el poeta Julio Lerena Joanicó, el periodista y autor teatral José Pedro Blixen Ramírez (y citamos sólo a los muertos cuya obra ya ha sido juzgada; hay otros actualmente en plena actividad literaria).

Como vemos su familia ha dado a la patria muchos nombres que, dicho en forma cervantesca: "fatigan a la fama con sus notables obras". Hyalmar, con tales antecedentes, debió sentirse llamado a las letras desde la infancia; en sus principios hizo versos. Recordamos una poesía suya de sus primeros tiempos acerca del entierro de un pájaro que poseía; muy bonita y emotiva. Luego cambió su derrotero entrando en la que es su definitiva senda: el estudio de las civilizaciones indoamericanas, que nadie como él ha recorrido en nuestro país. Es profesor de la materia en el Instituto de Estudios Superiores; cursa Derecho. Hasta la fecha ha publicado dos libros ambos relacionados con los Charrúas, los primitivos pobladores del Uruguay: "Los Iporas" y "La guerra de los dioses".

Hyalmar Blixen, modesto como todos los que verdaderamente valen, no cree haber hecho obra de gran importancia; considera, y véase una nueva muestra de su modestia, que su volumen inicial no merece ni siquiera ser comentado por parecerle sólo un primer paso, superado por el otro; no pensamos igual y, por lo tanto, trataremos los dos.

III — "LOS IPORAS"

El poeta Gastón Figueira en una conversación que tuvimos alabó este libro por enfocar un tema nunca tratado entre nosotros. En afecto: siempre se utilizó al Indio en su relación con los dominadores, empleándose casi siempre la poesía. Este libro, por el contrario, nos presenta a los aborígenes viviendo en su propio medio, rodeado de sus congéneres, sus dioses, su fauna, su flora, viviendo la existencia tal como la llevaban antes de la llegada de los españoles.

Nos explica Blixen que primero pensó hacerlo en forma de poema pero luego cambió de parecer.

Los Iporas eran los dioses de la Mitología guaraní; aparecen en el argumento mezclándose en las luchas y en la vida de los mortales igual que las deidades griegas lo hacían; por eso y por su carácter de epopeya de una valiente raza extinguida hemos comparado, mentalmente, este libro a La Iliada; podríamos considerarlo "La Iliada de los aborígenes uruguayos"; lo creemos digno de ponerse al lado del "Tabaré" de Zorrilla de San Martín.

Blixen para escribir sus obras ha tenido que consultar innumerables textos que trataran de los indios, debió leer y meditar "sobre más de un raro infolio de olvidados crónicas" como el atormentado creador de "El Cuervo". Fué así que logró enterarse de algunas interesantes leyendas ignoradas por la mayoría, que ha sabido aprovechar intercalándolas en sus

obras. "Los Iporas" como obra primigenia y dada la juventud de su autor, tiene algunas cosas que quizás parezcan igneas a los críticos; el mismo Blixen nos decía, al respecto, que tal vez contuviera exceso de personales, pero necesitó hacerlo para poder dar una buena impresión del ambiente en que vivían y actuaban los charrúas. No creemos que tal detalle menoscabe el valor del libro; tan acostumbrados estamos a leer obras con infinidad de personajes y variados motivos que si él, con su modestia tan propia, no nos hubiera llamado la atención, no reparábamos en ello. Nos apresuramos a decirle, y ahora lo repetimos, que no consideramos tal cosa como un defecto, máxime que no entorpecen la acción, estando creados y utilizados en forma clara y comprensiva.

El argumento central gira alrededor de los amores de dos jóvenes charrúas: el valiente Yapacaní y la dulce Ivaga junto con la feroz guerra que sostuvieron nu-

estros indios contra unas tribus guaraní-

ticas que vinieron desde el Brasil, las

cuales al fin fueron rechazadas por los de

este país. El dios bueno de los charrúas,

o sea Tupá, prometió que al guerrero que

conquistase y le entregase cierto amuleto

mágico, le daría su lanza invencible

con la cual podría vencer su tribu al ene-

migo. Yapacaní emprendió la tarea ayu-

dado por unos iporas buenos; combatido

por los malos después de improbas aven-

turas, logró conseguir el amuleto a cam-

bio del cual el dios del Bien le entregó la

lanza. Pero Añang (ipora del Mal) no

descansaba; aprovechando la refida lucha

que sostenían los charrúas con el invasor

entró él también en la lid; mató a la jo-

ven Ivaga (ese nombre significa: Cielo, en

guaraní); buscó a Yapacaní lanzando con-

tra él a un gigantesco adversario el cual

quebró la mágica lanza; luego, ya desar-

mado el héroe, Añang lo pudo matar.

El simbolismo es claro: indica que el

Mal triunfó sobre el Bien. Pero antes de

morir el bravo joven recordó una profecía

que le fuera hecha por el propio Tupá:

que la lanza sería soldada de nuevo

cuando, como expiación, cayera sobre ella

toda la sangre de una raza que jamás co-

nociera el miedo; entonces el Mal sería

ahuyentado definitivamente y el Bien

reinaría sobre la Tierra. También predijo el guerrero la venida, del otro lado del mar, de un enemigo poderoso que los vencería; como dijimos la acción ocurre antes de la llegada de los españoles. Se cumplió lo predicho si bien ellos no exterminaron a los charrúas; fueron sus descendientes, los mismos uruguayos, que acabaron con esa raza indomable que preferió el aniquilamiento antes que someterse a los blancos.

Quizás el asunto de la lanza del dios que un sacrificio se soldará, nos recuerde mucho a Sigfrido y la espada de Wotan que sólo sería rehecha cuando un joven puro la forjara. Blixen es de ascendencia escandinava; nada extraño sería que alguna reminiscencia wagneriana rondara su mente al escribir la novela.

Con este simbólico augurio termina el libro: la raza charrúa, la más valiente que existió en América, debía ser extinguida para que con su sangre contribuyera a derrotar al Mal entronizando al Bien.

Obra interesante, amena, tiene todas las condiciones de una novela de aventuras; su autor procuró hacer expresarse a los indios con los giros y palabras propios de ellos, haciendo de igual modo la descripción de sus costumbres.

Fué premiada por nuestras instituciones.
Concluye en página 12